

Recuerdos de juventud de un imperialista exiliado: José Manuel Hidalgo

*Luz América Viveros Anaya**

Resumen: En el artículo se propone una revisión de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar (1826-1896) como cronista de la vida en las cortes europeas, novelista del mundo aristócrata y autor del texto autobiográfico *Recuerdos de juventud* (1887). El estudio del autor fue obstaculizado durante más de un siglo por la visión negativa que se tuvo de su actuación política durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Sin embargo, *Recuerdos de juventud* revela la modernidad de su concepción ya que fue publicado entre los primeros que propiciaron el surgimiento del espacio autobiográfico en México. José Hidalgo recuerda su juventud como miembro de la legación de México en Roma, cuando el Papa Pío IX se encontraba refugiado en Gaeta por los conflictos políticos de mediados de siglo. En el artículo se señalan algunas características de la autfiguración del autor y los propósitos que pudo perseguir con su escritura.

Palabras clave: Espacio autobiográfico, Memorias, Literatura Mexicana, Segundo Imperio, Siglo XIX, José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar.

Abstract: This article aims an overview of Mexican writer José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar (1826-1896) as a chronicler of the life among the European courts as well as a novelist of the aristocratic world and author of the autobiographical piece *Recuerdos de juventud* (1887). The study of this author was neglected by criticism and hindered for more than one Century due to his political role during the French Intervention and the Maximilian's Second Empire. However, although José Manuel Hidalgo was leaned to the conservative side, *Recuerdos de juventud* entails a progressive literary understanding insofar as it could be tagged among the firsts autobiographical writings in Mexico. In this work José Hidalgo recalls his youth as a member of the Mexican legation in Rome, at the time when pope Pío IX was a refugee in Gaeta due to the political conflicts of half of 19th Century. This article points out some of the features of author's self-depiction and the aims that he could have pursued in his writings.

* Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México; maestra y licenciada por la FFyL de la UNAM. Imparte cursos en el CEPE y en la FFyL. Ha publicado ediciones críticas de textos autobiográficos de Ciro B. Ceballos y de novelas de José T. de Cuéllar.

José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar (1826-1896) es conocido como uno de los políticos conservadores que ofrecieron el trono de México a Maximiliano; sin embargo, poco se ha estudiado su faceta como escritor. Hacia el final de su vida publicó en París, donde radicaba, seis novelas que no dejaron huella en el canon nacional y que hoy requieren una revisión desapasionada. Ya antes, en 1868, había dado a la luz unos apuntes históricos sobre los proyectos de monarquía en México desde el reinado de Carlos III hasta la instalación de Maximiliano –reeditados en 1904, por Ángel Pola, lo que revela el interés histórico que conservó la obra–; pero por lo que José Manuel Hidalgo era conocido por el público más amplio, fue por las “Crónicas mundanas” que, firmadas como Alceste, enviaba desde París a finales de la década de 1880 al diario católico *El Tiempo*, con datos de la vida política, artística y de la alta sociedad en Francia e Italia, crónicas sazonadas con anécdotas, detalles y pormenores provenientes de su trato personal con la aristocracia de distintas ciudades europeas.¹

Sofía Vereas hizo un rescate fundamental al sacar a la luz, en 1960, *Un hombre de mundo escribe sus impresiones*, correspondencia entre José Manuel Hidalgo y Luis García Pimentel, cartas en las que Hidalgo aceptó lo que hasta entonces se había negado a hacer: “contar lo que vio y palpó tras los bastidores del episodio que tan trágicamente se cerró en Querétaro” (Verea de Bernal, 1960: ix).

No obstante, la obra que pretendo enfocar en las siguientes páginas apareció un año antes de que iniciara dicho intercambio epistolar y cuando ya era ampliamente leído en *El Tiempo*. Me refiero a *Recuerdos de juventud. Memorias íntimas de don José Hidalgo* (México, 1887), que fueron publicadas primero en el folletín de *El Nacional* y empastadas ese mismo año en formato de libro. Vistas desde el presente, la obra resulta de gran modernidad para la época, por estar narrada en primera persona y bajo el pacto de lectura autobiográfico, un tramo de su vida como joven diplomático en Italia, en los tiempos agitados de la unificación.

1 Crónicas con temas como: el cincuentaenal del sacerdocio de León xiii, las leyes eclesiásticas en Alemania, la Exposición de 1889, excursión a la alta Italia y a la Suiza francesa, la comedia Pepa, los rastaquouères, comida íntima en la embajada de Italia, caída de una araña en el teatro: un príncipe real herido, boda de la señorita Harcourt, descripción de sus trajes, la Patti, visita a la gran Cartuja de San Bruno, recuerdos de la Semana Santa en Roma, la reina Isabel, las flores en las modas, el primero que se suicidará en la Torre Eiffel, bailes con fracs de color, etcétera. Este género de textos le valió la censura desde las páginas de *El Siglo Diez y Nueve*: “Alceste, que es un buen católico, cela va sans dire, entretiene sus ocios parisienses en zurcir ‘crónicas mundanas’. Para un católico, el tema no es de lo más ortodoxo que digamos. Nuestro difunto amigo el *Reino Guadalupano* se indignaría ante el corresponsal de un periódico ultramontano que se consagra a investigar el color del *frac* que usan los *pchuteux* en los bailes de la embajada del Gran Turco” (Sin firma, “La prensa”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. 95, núm. 15 384, 16 de mayo de 1889, p. 1).

Recuerdos de juventud es hoy un texto prácticamente desconocido; vislumbro dos razones por las que fue excluido del canon literario: 1) Debido a la filiación imperialista del autor y su ausencia del país; ambos factores obstaculizaron su ingreso en las tempranas historias literarias –generalmente esbozadas desde el punto de vista liberal–, pese a tener varias obras publicadas; 2) Por la ausencia de una perspectiva crítica que considerara los textos autobiográficos como literatura.

La primera razón puede explicar por qué José Manuel Hidalgo no fue considerado como escritor a pesar de que también publicó varias novelas –género consagradorio– y a despecho de la sanción positiva que le prodigara uno de los críticos más prestigiosos de entonces, Juan Valera, quien prologó su tercera novela, *La sed de oro* (1891). Otros críticos conocidos prologaron también sus novelas –el Marqués de Casa Laiglesia y Elías Zerolo, *Las dos condesas* (1891) y *Víctimas del chic* (1892), respectivamente–, y ambos señalaron como virtud la fidelidad con que estaban retratados los caracteres de la clase aristócrata –“mundo muy alejado del en que vivo”, afirma Zerolo (1897: 371)–, lo cual puede ser hoy relevante desde un interés discursivo enfocado en la representación social y la historiografía de las mentalidades.

Un siglo después, Emmanuel Carballo siguió presentando al autor como “diplomático y político de tercas ideas conservadoras [...que publicó en París] varias novelas [...en las que] mezcla sin resultados positivos la novela sentimental, la de costumbres (aplicada a la aristocracia, la nobleza y la gran burguesía) y la histórica” (2001: 102). Los juicios del jalisciense soslayan la obra y anteponen la apreciación política: “Hidalgo ingresa a la Historia con mayúscula por la puerta falsa: la traición a la patria. Es promotor del Segundo Imperio” (103). Y concluye: “su final es de novela triste, mala, como todas las suyas” (104).

Proscrita del gusto literario durante el siglo xx, o más bien, estigmatizado el autor por su actuación política en la historia, las obras ficcionales de José Manuel Hidalgo han sido contempladas como: “novelas rosas bastante malas, que vieron la luz en París y tuvieron algún éxito, y en las que los personajes pertenecían a la nobleza y la alta burguesía francesa a las que tanto llegó a conocer” (Suárez Argüello, 1996: 229); o bien, que sus novelas “no son modelo de literatura, aunque sí de moralidad y discreción” (Lancaster-Jones, 1961: 666). Sin embargo, se señala un valor que hoy puede resultar relevante para estudios de la percepción y la construcción de imaginarios; por ejemplo, acerca del tema de su primera novela, *Al cielo por el sufrimiento*, se ha señalado que “son las costumbres de la alta sociedad francesa en aquellos tiempos, tanto en su parte piadosa y sensata, como en la brillante y descocada actuación de los que aparecen a los ojos del vulgo como verdaderos exponentes de las altas clases francesas” (Lancaster-Jones, 1961: 667)

Así, aunque negando valor estético a su obra ficcional, los críticos han coincidido en señalar la aguda capacidad observadora de Hidalgo y Esnaurrizar; dicha virtud que atiende a la dimensión testimonial de su prosa –pues narraba desde dentro del cerrado grupo aristócrata– encuentra en la veta autobiográfica el espacio para su óptimo desarrollo. Ricardo Lancaster-Jones opina acerca de las cartas que Hidalgo envió a García Pimentel, y que rescató Sofía Vereá en 1960:

[En las cartas] no solamente se encontrarán importantes datos para la historia del segundo intento imperialista mexicano, sino que también se dan a conocer curiosos datos de la actuación de varios miembros de la aristocracia mexicana que vivían entonces en París, o que cuando menos pasaban largas temporadas en el antiguo continente. Las graciosas y a veces malignas anécdotas que relataba Hidalgo a su amigo, quien al parecer gozaba con esos mal intencionados relatos, son propiamente la parte más interesante del volumen, pues auxilian al que estudia la vida de los ausentistas en Europa (Lancaster-Jones, 1961: 666).

El propio Carballo dedica la mayor parte de la ficha biográfica del autor a comentar el epistolario, compilación a la que considera “memorias políticas” (2001: 103), y aunque en la entrada del diccionario dedica un apartado a “Textos biográficos”, no hace referencia a la autobiografía.² Ana Rosa Suárez Argüello emplea cartas y autobiografía como fuentes para la construcción de la semblanza biográfica del exministro, y reconoce específicamente *Recuerdos de juventud* como “un libro indispensable para comprender la formación de un conservador” (1996: 229).

El interés por el discurso autobiográfico en los estudios literarios recientes nos permite reconsiderar la escritura de Hidalgo con la marca de modernidad que se le negó desde la historiografía debido a su filiación conservadora y a haber sido –desde su propio decir– personaje clave en la llegada de Maximiliano a México. Justo Sierra Méndez ofrece en su relato histórico sobre Juárez un magnífico ejemplo de la imagen a un tiempo frívola y *mocha*, con la que se identificaba al imperialista, pues emplea en su descripción más bien recursos literarios que históricos; incluso –y esto es una licencia poética de Sierra en la edificación de su contundencia narrativa– lo retrata como cabecilla de un hecho histórico en el que Hidalgo no estuvo presente:

Hidalgo sí que personificaba al partido neo-monárquico mexicano, compuesto de burgueses devotos y libertinos, aspirando a figurar en alguna corte, convencidos de que sólo Francia podía salvar a México de los americanos

² Tampoco Richard Donovan Woods lo incluye en su exhaustivo catálogo de autobiografías (1988), lo que permite confirmar el desconocimiento de *Recuerdos de juventud*, texto nunca reeditado, que sólo se localiza en los fondos reservados de dos acervos públicos en México: la Biblioteca Nacional de México y la Biblioteca México (Ciudadela).

y del gobierno de la canalla liberal, muy elegantes en cuanto podían imitar el modelo de París, teniendo por todo ideal el gobierno de un grupo de decentes oscilando entre la misa y el baile. El apogeo de este elemento simpático y profundamente nulo del grupo monárquico, se efectuó cuando, vestido de charro mexicano, el joven partido conservador de la capital montó a caballo y marchó en gallarda mesnada, relumbrantemente ataviada, al encuentro de la imperial pareja que había posado en la Villa de Guadalupe; don José Hidalgo Esnaurrizar habría podido capitanearlos (Sierra, 1905: 318-319).

No andaba errado Sierra al asociar la arrogante figura de los *charros* conservadores con el audaz desplante que significa *Recuerdos de juventud*. La irrupción misma de Hidalgo, con este texto, en el incipiente –inexistente casi– espacio autobiográfico mexicano en 1887 nos devuelve un autor de avanzada, al que tendríamos que regresar desde la literatura y con menos prejuicios. Sus cartas se conocieron hace apenas medio siglo, pero no podemos perder de vista que cuando se publicaron en la prensa sus *Recuerdos de juventud*, la autobiografía no era un tipo de texto frecuente en las letras nacionales.

En las siguientes páginas intentaré dilucidar los objetivos que persiguió José Manuel Hidalgo en su autofiguración como ministro de México en diversas cortes de Europa. Para ello, consideraré tanto la circunstancia de su publicación como las estrategias que utiliza en el texto. Pese a su ausencia del canon literario por las razones ya enunciadas, si enfocamos *Recuerdos de juventud* simultáneamente desde la teoría autobiográfica y desde la reflexión sobre la tradición literaria de lo autobiográfico en México, podemos afirmar que su proyecto autofigurativo es enteramente moderno en su concepción; tanto es así que, junto con otros pocos textos, forma parte de la emergencia –surgimiento, aparición visible, fenómeno público– de la escritura autobiográfica en nuestra tradición literaria (Viveros Anaya, 2015).³

Empero la suerte fue adversa para José Manuel Hidalgo al tratarse de un texto emitido por un autor marginal por los cuatro costados: 1) era un hombre del partido conservador; 2) vivía exiliado en Europa debido a su pasado imperialista; 3) no era considerado propiamente un autor literario, y 4) el texto no encajó en los marcos de lectura –tal como los define Walter Mignolo (1984: 210)– de lo considerado como literario en la época. A contrapelo de los autobiógrafos muy gustados por el público de entonces como Goethe, Chateaubriand o Mesonero Romanos, José Manuel Hidalgo no tenía un nombre literario al publicar su

³ La emergencia de un género, como la nombra Raymond Williams, en relación con lo dominante, para referirse a “los nuevos significados, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente” (1997: 145); no el caso aislado, sino la tendencia: la transformación histórica del modo de lectura.

autobiografía de juventud; sólo un año después comenzó a escribir novelas – género canónico legitimador de lo literario en el XIX.

En México, el surgimiento del espacio autobiográfico sólo ocurrió hacia las últimas décadas del siglo XIX. Dicho espacio se fue formando, primero, con la publicación de relatos de viajes, y después, en el puente de siglos XIX y XX, con la de memorias y autobiografías que claramente persiguieron un proyecto autfigurativo integral, como puede verse en *Impresiones y recuerdos* (1893) de Federico Gamboa, *Memorias, reliquias y retratos* (1900) de Juan de Dios Peza, *El libro de mis recuerdos* (1905) de Antonio García Cubas, *Memorias de mis tiempos* (publicadas póstumamente en 1906) de Guillermo Prieto, entre otros, y en algunos diarios íntimos que comenzaron a escribirse con miras o no a una publicación ulterior, como ocurrió con Ignacio M. Altamirano, Federico Gamboa y José Juan Tablada.⁴

En México debemos contextualizar la aparición en la prensa de *Recuerdos de juventud* con la etapa de formación de un marco discursivo para comprender y producir literatura autobiográfica. Dicho marco se formó también en dialéctica con las características de dos tipos de texto muy influyentes: por un lado, la novela histórica y, específicamente, la de asunto contemporáneo; por el otro, las memorias de campaña, de gobierno o de defensa de los participantes en episodios políticos o militares. Ambos gravitaban entre dos discursos que se debatían en la delimitación de sus campos: el literario y el histórico. La novela histórica tuvo su auge, probablemente porque, como propone Víctor Villavicencio Navarro, se estaba frente a una etapa histórica de “tintes novelescos” en la que “el patriotismo a toda prueba está personificado por Benito Juárez y su grupo, a cuya perseverancia le debemos la salvación del país; mientras que el archiduque austriaco y quienes lo hicieron llegar a México y colaboraron con él, representan el otro lado de la moneda: quienes se pusieron al servicio del invasor perdieron hasta el derecho de llamarse mexicanos” (2012: 63). Por ejemplo, apenas terminando el Segundo Imperio se publicaron y tuvieron gran éxito novelas como *El sol de mayo: memorias de la Intervención, novela histórica* (1868) y *El Cerro de las Campanas* (1868), de Juan A. Mateos; y *Calvario y Tabor* (1868), de Vicente Riva Palacio.

⁴ Hispanoamérica ha sido señalada como árida en su producción autobiográfica anterior al auge del siglo xx; sin embargo, la emergencia del género no ocurrió al mismo tiempo en sus distintas latitudes; por ejemplo, México queda a la saga en la práctica del género frente a Argentina: en el país sudamericano, los textos del espacio autobiográfico encuentran muy pronto su canonización en las historias literarias con nombres como Faustino Domingo Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Miguel Cané, Santiago Calzadilla, Lucio V. Mansilla, etcétera, etcétera (Adolfo Prieto, 1966).

El episodio del Segundo Imperio fue disparador de géneros hasta entonces casi inexistentes. Si bien funcionarios o gobernantes habían escrito memorias justificativas, como Agustín de Iturbide (*Memorias escritas desde Liorna*, 1823) o Ignacio Comonfort (*Política del general Comonfort durante su gobierno en Méjico*, 1858), las memorias propiamente autobiográficas emergieron, tal vez, porque los diferentes actores tuvieron la necesidad de fijar su postura y su versión de los hechos a partir de la fuerza del discurso testimonial, con el fin de explicar, comprender y enjuiciar un hecho traumático de su historia; así lo hicieron Ireneo Paz (*Algunas campañas: memorias*, 1884-1885), José Luis Blasio (*Maximiliano íntimo*, 1905) y Concepción Lombardo de Miramón (*Memorias*, fechadas en 1917).

Hacia mayo de 1887 se debatía en la prensa –y en la calle, a golpes de bastón entre Victoriano Agüeros y Ángel Pola– la traición de Miguel López, episodio con el que culminó el fallido Segundo Imperio. Entre las pruebas de uno y otro bandos, se enarbolaban cartas y entrevistas: documentos y testimonios. Como subraya Erika Pani, la disputa en nada afectaba el desenlace de la historia, y resultaba absurdo que se enfrentaran dos publicistas que por entonces ni siquiera participaron en los acontecimientos –Agüeros tendría 13 años y Pola, 6, cuando el fusilamiento–; quizá lo que se enfrentaba “eran menos los detalles estratégicos de la toma de Querétaro que verdades distintas, que mal cuadraban con el mito patriótico que se construía en torno al episodio imperial” (Pani, 2004: 57).

La “verdad” histórica entró así en una lucha con el testimonio de testigos presenciales, en la definición o edificación del pasado. Contexto relevante para la aparición en *El Nacional*, en junio de ese mismo año, de un breve esbozo biográfico de José Manuel Hidalgo, que, en tercera persona, informaba de su heroicidad al haberse batido muy joven durante la Invasión Norteamericana. Aunque hasta entonces su nombre estuviera proscrito de la escena pública –firmaba sus crónicas con el seudónimo Alceste– se subrayaba que gozaba de gran influencia y amistad íntima con la emperatriz Eugenia de Montijo y, además, se aseguraba que “el señor Hidalgo [había sido] bien parecido de joven, de excelentes maneras y carácter afable. Conoc[ía] bien la política europea, y [había tratado] al mundo diplomático de España, Italia y Francia, desde 1849 hasta 1866, conociendo curiosos secretos de la diplomacia de entonces”.⁵ Concluía este esbozo con la consideración de la modestia con que vivía en París y Niza, pues el destino de los diplomáticos honrados es que “a la vejez no tienen un cuarto, ni los gobiernos les dan pensión alguna” (*id.*).

⁵ La Redacción, “Don José Hidalgo”, en *El Nacional*, año ix, núm. 289 (18 de junio de 1887), p. 2.

Hidalgo era menos recordado como combatiente en uno de los batallones que defendieron la capital del invasor estadounidense,⁶ que como miembro de la diputación mexicana que en Miramar ofreció la corona del imperio a Maximiliano. Sin embargo, quienes lo conocieron sí rememoraban su personalidad galante y su desenvoltura en sociedad. Guillermo Prieto ofrecerá, hacia el final de su vida, datos que transcribo en extenso por las implicaciones que luego tendrá esta percepción social en la autofiguración que hace Hidalgo:

Uno de los compañeros de oficina, con quien trabé más estrecha amistad, fue don José Hidalgo y Esnaurrizar, joven de finas maneras y bien aceptado entre la gente de buen tono. / El mérito especial de Pepe Hidalgo, como le llamaban generalmente, era ser sobrino de don Antonio María Esnaurrizar, Tesorero General de la Nación, personaje de altísimas polendas, severo, erguido, de gran corbata y bastón con borlas, lujoso coche de caballos moros, a quien por su rigidez y majestad, llamaban los palaciegos virrey embalsamado. / La familia del señor Esnaurrizar era muy estimada por su posición y virtudes; Hidalgo, huérfano de padre, era considerado como hijo de la familia, y esto le abrió las puertas de los empleos y excelentes relaciones. / Alto, delgado, barbilampiño, de ojos negros y algo de infantil en la expresión, Pepe era estimable; pero su instrucción en todas las líneas era muy mediana, y su talento (si es permitido hacer esos valúos a quien no conoce el género) no pasaba del trabajo de munición con que la naturaleza obra en la gran mayoría de los hijos de Adán. / Las pretensiones de Hidalgo a la nobleza y a los títulos de sangre azul, no tenían límite y, no obstante ser empleadillo con una dotación mezquina, declaró su Dulcinea, y aun creo pensó enlazarse con la hermosa joven D. O., una de las beldades que tenía en tortura mayor número de apasionados corazones. / Hidalgo era hijo de un honrado militar; pero no sé por qué calumnia se le suponía favorecido por el barbero que acompañó a México al Virrey Venegas y fue el primero que cultivó en la gran Tenoxtitlán el copete y la patilla, derrotando vergonzosamente la coleta (Prieto, 1906: 159-160).

Hacia finales de 1887, pocos meses después de aquel esbozo biográfico a que me referí párrafos atrás, apareció en *El Nacional* el anuncio de la publicación de las "Memorias inéditas" de José Hidalgo, "obra amena, interesante e instructiva" en la que el lector "tendrá ocasión de conocer [...] íntimamente a los principales personajes europeos en los últimos treinta años".⁷

⁶ El batallón de los *Bravos*, nombrado así en honor de los hermanos insurgentes, "junto con el *Hidalgo*, el *Independencia* y el *Victoria*, compuestos por artesanos y empleados públicos voluntarios, defenderían la capital de las tropas invasoras. El 18 de agosto de 1847 quedaron acuartelados en el convento de Santa María de Churubusco; dos días después tuvo lugar la batalla. Los estadounidenses tomaron la plaza y algunos prisioneros fueron conducidos a San Ángel, entre los que se encontraba Pepe Hidalgo, quien recuperó su libertad hasta febrero de 1848, luego de la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo" (Villavicencio Navarro, 2012: 65).

⁷ Sin firma, "Gacetilla. *Recuerdos de juventud*", en *El Nacional*, año X, núm. 96 (22 de octubre de 1887), p. 3.

Hizo el periódico un despliegue –modesto pero significativo– de distintos recursos paratextuales: semblanza, anuncio y gacetilla, elementos que abonaron a la formación de una expectativa. Ya con la publicación de los Recuerdos en el folletín del periódico, *El Nacional* fue uno de los primeros en abonar a la incipiente creación de un mercado lector de textos autobiográficos de personajes más o menos cercanos y conocidos. En la primera entrega, José Manuel Hidalgo justificó su incursión en la escritura autofigurativa, que dedicó a su amigo de juventud Félix Galindo:

Más de una vez me has aconsejado con cariñosa insistencia y en términos lisonjeros que escriba mis Memorias [...]. Mis memorias no tendrían quizá grande importancia; pero sí puedo asegurar, sin faltar a la modestia, que se leerían con algún interés, sobre todo en una época en que tantos las escriben, desde los hombres de Estado hasta los acróbatas y actrices. “¿Escribirá usted sus memorias?”, preguntaba uno a Talleyrand. “No lo sé aún –respondió– pero sé que mi cocinero está escribiendo las suyas”. Y en su época el vulgo no las escribía con la profusión que hoy. / [...] Así que me resolví a darte gusto en la mitad, escribiendo, no mis memorias, sino una conversación inocente [...]. No hay unidad, pues, en esa conversación, hay el desaliño de quien de parte sin pretensiones y salta de una cosa a otra según va viniendo a la memoria lo ocurrido en la juventud, que deben tener presente los que quieran leerme [...] (Hidalgo, 1887: VI-VII).

Estas memorias tratan principal, pero no exclusivamente, su estancia diplomática en Roma y Nápoles durante su juventud, a donde fuera enviado como recompensa por su participación en la Invasión Norteamericana.⁸ A diferencia de otros textos de este tipo, no centra su atención en la justificación de una actuación política, sino en la vindicación del proceso formativo de un diplomático –él mismo– cuya profesión requiere tacto, experiencias trasatlánticas, roce social y cierto dandismo, cualidades que –se deduce de su discurso– se traen desde la cuna y sólo con los años y la experiencia se perfeccionan. El texto, además, puede analizarse como el *Bildungsroman* de un imperialista que desea crear empatía –hacia el personaje principal y, por ende, hacia el referente histórico– y que busca construir un discurso afectivo.

Recuerdos de juventud tiene como lugar de enunciación el exilio, al que alude, en principio, como un consuelo lejos del “ruido de las armas, las querellas fratricidas, la sangre derramada y el espanto” (1887: 10) de México; se configurará a sí mismo como joven excombatiente en la Guerra del 47 que pudo cristalizar

⁸ En un inicio fue asignado a Inglaterra, donde sólo estuvo dos meses; luego fue enviado a la legación en Roma, “cerca del Santo Padre, con la misión de arreglar el concordato que tanto anhelaba el gobierno mexicano” (Villavicencio Navarro, 2012: 66).

su anhelo de conocer al Papa y vivir en Roma. A esos primeros años en la carrera diplomática dedica la mayor parte del texto.

Si bien los lectores de la década de 1880 tendrán presente al personaje como miembro del grupo conservador que trajo a Maximiliano, Hidalgo ofrecerá de sí mismo la imagen de un joven agradable, sencillo, estudioso, honrado y sincero, quien una y otra vez establece la suerte tan distante entre el sexagenario que ahora rememora y el joven que fue él mismo: “En los platillos de la balanza de mi vida hay tantas amarguras como satisfacciones” (9); “yo veía, oía, todo lo retenía y nada repetía mi buena memoria, hoy debilitada, antes asombrosa” (14); “El contento de verme condecorado fue entonces mayor que el que tuve más tarde con las grandes cruces. En aquel tiempo tenía las ilusiones de la *gioventú, primavera della vita* y hoy las cruces morales pesan más y más con los años” (19-20); “confieso modestamente que ignoraba yo muchas cosas que traté de aprender, si no con grande éxito, sí con gran fuerza de voluntad y ausencia de amor propio al confesar mi ignorancia, pero muy grande en el deseo de aprenderlas” (27); “¿En dónde están aquellos tiempos en que solo, en mi aposento, leía yo en alta voz y aprendía rápidamente de memoria actos enteros en verso de dramas españoles, escenas de clásicos franceses, cantos del Jaso en esa dulcísima lengua [...]?” (31); “Ni entonces ni los años posteriores me preocupaba el dinero más de lo necesario. Hoy pago bien caro ese desdén, pues habiendo podido adquirirlo honradamente no debí descuidarlo, y Dios sabe solo lo que es ver venir la vejez sin saber ya cómo procurárselo” (51).

Moneda de dos caras, esta autobiografía de juventud –conjeturo– también da continuidad a la misma intención que Víctor Macías advirtiera en la traducción que José Manuel Hidalgo hiciera años atrás, en 1854, del *Manuel du bon ton et de la politesse française* de Louis Verardi: establecer distancias sociales y códigos compartidos por una élite de entendidos (Macías-González, 2006: 275). En el mismo sentido que Manuel Antonio Carreño con su *Manual de urbanidad y buenas maneras* (1854), este tipo de texto pretendía modelar la conducta en sociedad, invistiendo a sus creadores –o traductores, como nuestro autor– de una hidalguía y nobleza de sangre sólo existente en el imaginario del lector; de fondo, se trata de un proceso de afirmación de valores burgueses y conservadores (Enrigue, 2013). Como el *Manuel du bon ton*, *Recuerdos de juventud* sirvió también, en parte, para establecer una distancia con los compatriotas diplomáticos de la república liberal, que desconocían el *savoir faire* para desenvolverse y “no estaban a la altura de su misión en el exterior, puesto que carecían de buenas costumbres, ignoraban cómo conversar, e incluso, cómo vestir” (Macías-González, 2006: 275).

Al configurar a su preceptor en el mundo de la diplomacia –Ignacio Valdivieso, ministro plenipotenciario en Roma entre 1848 y 1849– José Manuel Hidalgo se

asume como aprendiz que luego seguiría los pasos del maestro, y ahí establece claramente la relación que desea crear entre las cualidades cortesanas y la fortuna de una encomienda política:

Su figura distinguida, sus maneras, su lenguaje, sus hábitos de corte, el conocimiento de la política y de las prácticas diplomáticas, todo hacía que al verle se le tratase con consideración y simpatía. Añádase a eso su amistad con tantos personajes, y así se comprenderá cómo, representante de un país lejano y sin voto en las cuestiones europeas, su voz era escuchada en las conversaciones oficiales del cuerpo diplomático cada vez que se trataba de uno de los muchos puntos que había que resolver en presencia de los graves acontecimientos de todos los días (23).

Recuerdos de juventud es la narración de su propio aprendizaje de maneras, lenguaje, hábitos y prácticas, así como la continua referencia a la amistad trabada con personalidades del mundo político, social y literario: el Papa Pío IX, Francisco Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas y, por supuesto, la emperatriz Eugenia: “[En Roma] aprendí figuras muy bonitas, que introduje luego en Madrid y aun en París en los cotillones que dirigía yo con un ardor que ahora me parece imposible [...]. Mi último cotillón, en 1864, fue en un baile de los lunes de la emperatriz Eugenia” (81).

La temporada inicial en Gaeta acompañando al Papa, habría sido decisiva –así lo construye en su discurso– para su cambio definitivo de residencia a Europa, pues ahí encontró una vida social con la que creó fuertes lazos: “No se vive cinco meses de la vida de familia sin estrechar la amistad, consolidar la confianza y establecer la intimidad [...]. Muchos han desaparecido ya; otros, jóvenes como yo entonces, han sido embajadores y ministros; con todos he conservado la amistad” (25).

Hay también cierto afán por exhibir la suya como una vida que oscilaba entre un trabajo que, asegura, no lo mataba –y hasta le daba tiempo de tomar clases de francés e italiano–, y el cultivo de relaciones, excursiones a Herculano, Pompeya, Castellammare y Sorrento, y variadas distracciones sociales: “todo era fiestas, visitas de día y sobre todo la Villa Reale [...]. En la noche comidas, bailes, el teatro de San Carlos” (26). Nápoles fue para Hidalgo su “estreno en la sociedad europea, joven, con ilusiones, sin cuitas, fuera de casa desde las dos de la tarde, siempre en fiestas [...] y eso que la vida allí era insensata; todos se acuestan a las 2 y a las 3 de la mañana, y por consiguiente se levantan muy tarde” (27). Ana Rosa Suárez afirma que Hidalgo pasó las últimas tres décadas de su vida en Europa “en medio de fiestas y celebraciones de la alta sociedad. Se convirtió en uno de los solterones más invitados, en un caballero elegante y solemne, que disimulaba su miseria como podía, y [que] nunca perdió su sentido del humor” (Suárez, 1996: 224). No obstante, por sus mismas obras podemos asegurar que Hidalgo dedicaba mucho tiempo a la escritura como demuestran sus periódicas

colaboraciones cronísticas, sus reminiscencias en formato epistolar y las varias novelas publicadas tras sus *Recuerdos de juventud*, todas editadas por la Librería de Garnier, París: *Al cielo por el sufrimiento* (1889) *La sed de oro* (1891), *Las dos condesas* (1891), *Víctimas del chic* (1892), *Lelia y Marina* (1894) y *La confesión de una mundana* (1896).

En sus Recuerdos encontramos una y otra vez su asombro y aprendizaje frente a las prácticas de la alta sociedad en Nápoles, Roma, Londres y París, ciudades en las que aprendió a seguir la etiqueta adecuada para brillar en el mundo diplomático. Su discurso transcurre en una cuerda floja entre las observaciones serias, sentimentales y francamente frívolas; a la luz de esta autobiografía de juventud y, por ejemplo, los diarios de Federico Gamboa y de Alfonso Reyes, podría construirse una imagen del servicio público como el arte de navegar entre la frivolidad y la gravedad de los asuntos de estado.

Apenas al llegar a Nápoles afirma haber aprendido de su jefe, el señor Valdivieso, una de las primeras lecciones de diplomacia: el valor del conocimiento gastronómico, materia en que éste “habría podido dar puntos y comas a Alejandro Dumas, que se preciaba de buen cocinero [...]. Mi jefe era de la escuela de Talleyrand, que decía a su cocinero: ‘Mañana vamos usted y yo a hacer un tratado con tal potencia’, pues en sus delicadas comidas arreglaba frecuentemente sus negocios” (11).

Más adelante, al rememorar las costumbres de la etiqueta londinense, estrictas y sobrias, se precia de haber asistido a la ceremonia del Drawing-Room, es decir, las recepciones de día de la reina Victoria:

A los bailes se convida a todo el Cuerpo Diplomático, aun a los agregados, a la aristocracia y a los extranjeros de distinción. No se puede ir sin uniforme, calzón corto y media blanca. El anciano conde de Labradío, ministro de Portugal, muy estimado de todos y aun de la reina, pidió misericordia para sus flacas pantorrillas, y se le permitió por excepción vistiera sus canillas con medias de seda negra: naturalmente de ese color se puso el pantalón. La elegancia era hacerse los calzones cortos por el sastre del príncipe Alberto, esposo de la reina, y a mí me los hizo hasta el fin del imperio francés con las nuevas medidas que le enviaba yo. Tenía yo debajo un calzón de pie, de punto, así que no había una sola arruga en la media. Ese sastre enseñaba a ponérselos, apretando fuertemente las hebillas debajo de las rodillas y tirando hacia arriba el calzón, que quedaba como pintado, mientras que los otros empezaban por abotonarlos arriba y las hebillas después, lo que traía muchos desperfectos. Cuentan que en París pusieron unas banderitas sobre las pantorrillas postizas de un desgraciado que no las vio y entró así en los salones: el estudio de las pantorrillas es muy divertido.

En la otra cara de la moneda, menudean las alusiones a la importancia de la honradez, la discreción, la caballerosidad y la templanza. Estos valores son configurados como heredados de una cuna privilegiada pues su relato inicia

proverbialmente: “Hijo de un guerrero y de una santa” (2). Con ellos adquirió “los principios religiosos, el honor, la probidad, los sentimientos del caballero y del cristiano en que fui amamantado”; y su misma profesión diplomática parece ser resultado natural de una evolución, pues aunque sabe usar las armas –“las empuñé muy joven para pelear al lado de los que murieron en defensa de la patria”– fueron en su vida un paso intermedio para “entrar en la carrera diplomática, que era mi vocación”.

Es insoslayable la efectividad de su estrategia autofigurativa en la que podemos ver el doble movimiento de autoelogio y humillación en su aprendizaje como diplomático y como hombre de mundo. *Recuerdos de juventud* parece postular la idea de unos años formativos que debe superar todo funcionario para hacerse de un capital cultural del que no se goza sin ese rito iniciático. Me explico: José Hidalgo se configura en pequeños episodios –miniaturas anecdóticas– en los que yuxtapone sus temores, chascos, humillaciones, enaltecimientos y aprendizajes. Entre ellos: la forma de comportarse en la corte, la oportunidad de haber trabado amistad con el Papa, la caballerosidad que se espera de él, la diligencia con que debe conducirse, la humildad para conocer su lugar respecto a los demás, pues, desde su perspectiva, el acatamiento de las jerarquías era la base de las relaciones diplomáticas: no asoman aires democráticos ni insubordinaciones republicanas en su texto, aunque el horizonte de escritura –el presente– se asome a cada momento en su relato como cruel realidad: “El Papa condecoró al señor Valdivieso con una gran cruz y a mí me dieron una pequeña, como daban un golpe con la alabarda que retumbaba cuando él pasaba y para mí un pequeñito que apenas se oía” (19).

Al narrar la convivencia diaria con el Papa y su corte, puestos a salvo por una larga temporada en la fortaleza de Gaeta –mientras en Roma se batían los revolucionarios– surgen anécdotas íntimas, enaltecedoras, graciosas o bochornosas, que se configuran como el camino para formar un carácter. Como ejemplo de lo humillante narra cuando necesitó atenderse de una indisposición que le exigía bañarse y ahí la tina no se conocía ni por el nombre, por lo que tuvo que adaptar un tonel para sumergirse en él “con menos resignación que Diógenes, y esto se repitió varios días”; su jefe, indiscreto, lo exhibió frente al cuerpo diplomático y le “dieron sus excelencias buenas guasas” (16). O cuando, tiempo después de haber convivido en Gaeta, fue a visitar al Papa Pío IX en el Palacio de Portici, recuerda: “resbalé sobre el charol rojo que cubría los ladrillos del salón y caí boca abajo a los pies de Su Eminencia, que a la vez que me preguntaba si me había hecho mal reía a mandíbula batiente, diciéndome que al embajador de Austria le había pasado lo mismo, lo que mitigó mi humillación” (37).

En cambio, se precia de dedicar largos párrafos a la cercanía que consiguió tener con Pío IX, quien lo recibía con su “angélica bondad”, lo distinguía

nombrándolo “*il mio compagno di Gaeta*”, le hablaba en español de cosas adecuadas a su poca edad y le firmaba cuantas indulgencias, retratos y objetos le pedían sus parientes y amigos. El trato amistoso con el popular Papa –que al momento de la escritura llevaba una década de fallecido– era, desde su estrategia autfigurativa, una excepcionalidad digna de aparecer como tema de varias anécdotas semejantes que reiteran dicha familiaridad.

La relación cercana, privilegiada, con el papa Pío IX da unidad a la primera parte de sus *Recuerdos de juventud*. Como suele ocurrir en el espacio autobiográfico, el texto deriva, en su segunda parte, hacia la forma del relato de viaje: sitios de interés turístico en Roma y el Vaticano; o bien se sirve del relato histórico –teñido de la marca testimonial– para dar cuenta del regreso del Papa a Roma.

José Manuel Hidalgo detiene en ocasiones la narración de su sabroso relato de los tiempos felices con reflexiones que funden dos horizontes, el lugar de la escritura y los recuerdos de juventud resucitada por la palabra, y pregunta “¿Por qué no vuelven esos tiempos plácidos en que el estudio y las fiestas eran mi sola preocupación, en que el corazón estaba lleno de ilusiones, de buena fe y no conocía ni los reverses de la suerte ni la perfidia del hombre?” (32). Este tipo de lamentaciones harían, un siglo después, decir a Gastón García Cantú: “Cuando el Imperio se vino abajo, [los mexicanos imperialistas] desaparecieron en Europa, haciéndola, como José Manuel Hidalgo, de escritores, aumentando las filas de los que tenían, por tarea hereditaria, la ‘delicia de lamentarse’” (1987: 15).

Juicios como éste, válidos tal vez desde la perspectiva meramente histórica, han conseguido narcotizar también el disfrute literario de un escritor que, si fue reaccionario en la política, hoy podemos reivindicarlo, mutatis mutandis, como revolucionario en la literatura. El género que cultivó habría de ver su franca emergencia unos pocos años después, al filo del siglo XX.

REFERENCIAS

- CARBALLO, E. (2001) *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Con la colaboración de Jesús Gómez Morán y Norma Elizabeth Salazar Hernández. México: Editorial Océano, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- ENRIGUE, Á. (2013) *La mente de Carreño. Valiente clase media. Dinero, letras y cursilería*. México: Anagrama.
- GARCÍA Cantú, G. (1987) *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental, II (1860-1926)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- HIDALGO, J. (1887) *Recuerdos de juventud. Memorias íntimas de don José Hidalgo*. México: Edición de El Nacional.
- LANCASTER-JONES, R. (1961) Imperialista desengañado. *Historia Mexicana*, vol. x, t. 4, núm. 40 (abril-junio), pp. 663-667.
- MACÍAS-GONZÁLEZ, V. (2006) Hombres de mundo: la masculinidad, el consumo y los manuales de urbanidad y buenas maneras. *Orden social e identidad de género. México, siglos xix y xx*. María Teresa Fernández Aceves, Carmen Ramos Escandón y Susie Porter, coordinadoras. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad de Guadalajara, pp. 267-297.
- MIGNOLO, W. (1984) Discurso ensayístico y tipología textual. *Textos, modelos y metáforas*. Xalapa: Universidad Veracruzana, pp. 209-222.
- PANI, E. (2004) *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas, Fondo de Cultura Económica (Colección Herramientas para la Historia).
- PAZ, I. (1884) Algunas campañas. Fragmentos arrancados a un libro de memorias. *La Patria Ilustrada*, 7 de enero, pp. 4-6.
- PRIETO, A. (1966) *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: J. Álvarez.
- PRIETO, G. (1906) *Memorias de mis tiempos*, I. 1828-1840. México: Librería de la Vda. de Ch. Bouret.
- SIERRA, J. (1905) La República y la Intervención. *Juárez: su obra y su tiempo. Estudio histórico*. México: J. Ballezá y Compañía.
- SUÁREZ Argüello, A. R. (1996) José Manuel Hidalgo. *Historiografía Mexicana*, iv, "En busca de un discurso integrador de la Nación, 1848-1884", Antonia Pi-Suñer Llorens, coordinadora, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 223-224.
- VEREA de Beral, S. (1960) Palabras preliminares a *Un hombre de mundo escribe sus impresiones*, de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar. México: Porrúa.
- VILLAVICENCIO Navarro, V. (2012) José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, un monarquista semiolvidado. *El Imperio napoleónico y la monarquía en México*, Patricia Galeana, coordinadora. México: Siglo XXI Editores, Senado de la República, pp. 63-86.
- VIVEROS Anaya, L. A. (2015). *El surgimiento del espacio autobiográfico. Impresiones y recuerdos* (1893) de Federico Gamboa. México: IIFL, Universidad Nacional Autónoma de México.
- WILLIAMS, R. (1997) *Marxismo y literatura*. Prólogo J.M. Castellet. Traducción Pablo di Masso. Barcelona: Península.

- WOODS, Richard D. (1988) *La autobiografía mexicana: una bibliografía razonada / Mexican autobiography: an annotated bibliography*. New York: Greenwood.
- ZEROLO, E. (1897 [1892]) Una novela de costumbres parisienses: *Víctimas del chic. Legajo de varios*, París: Garnier, pp. 369-374.